

Identidad cultural y medios de comunicación

Una cuestión no resuelta para Canadá y para México

María de la Luz Casas Pérez*

Several attempts have been made by several scholars to pinpoint the relationship between media and "cultural identity". In this case the author presents the case of Mexico, namely the case of two nations (Mexico and Canada) united in their cultural claims and sharing borders with a common neighbor (The United States). Any communication policy for both countries will not be effective unless these nations can come to terms with their own cultural identities.

Introducción

México y Canadá comparten frontera con un vecino común: los Estados Unidos. Ambos recibieron una poderosa influencia norteamericana en el momento en que sus infraestructuras tecnológicas se encontraban en formación a mediados de este siglo; lo anterior trajo como consecuencia no sólo la dependencia tecnológica sino también la copia de los formatos y de

* Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), Campus Morelos.

los contenidos transmitidos por la gran mayoría de sus organizaciones de medios, especialmente la radio y la televisión. Desde entonces, México y Canadá sufren una permanente intromisión cultural; sus correspondientes públicos se han acostumbrado, *amoldado* diríamos, a los parámetros simbólicos y de representación de los productos de medios de origen estadounidense.

Mucho se ha discutido con relación a si dichos contenidos constituyen o no una invasión de nuestra *soberanía cultural*, o si la tecnología utilizada para nuestra infraestructura de medios nos ha generado una *dependencia vitalicia* con nuestros vecinos norteamericanos. Aquí no nos detendremos en revivir el interminable debate con relación a la naturaleza de los contenidos, a la creación de imaginarios, al desbalance en la difusión de las informaciones o a las teorías de la dependencia. Si bien la naturaleza de tales preguntas de investigación puede resultar, o resultó en su momento relevante, ahora nos parece que dichas preguntas señalaban solamente aspectos colaterales a una problemática más compleja. Es un hecho, por tanto, que no lograremos ningún avance teórico real en la delimitación del fenómeno de la transculturización mientras sigamos bordando en la superficie sin atinar a explorar ciertos dilemas pendientes con relación a los procesos de formación de las identidades culturales.

Hasta hace algunos años, en un esquema de economías relativamente cerradas, la preocupación principal consistía en regular el flujo de las informaciones transfronterizas, particularmente tratando de aminorar la cantidad de información procedente de los Estados Unidos; ahora la globalización, el Internet y otras tecnologías han venido a complicarlo todo: ya no podemos pugnar por que se cierren las fronteras con el propósito de defender nuestra soberanía o nuestra identidad cultural, ni debemos hacerlo. Sin embargo, quizás sea pertinente percatarnos de que no somos los únicos que sufrimos los avatares de una identidad cultural cambiante, y que, mucho antes de la venida de la sociedad informatizada, diversos inte-

lectuales tanto mexicanos como canadienses —a quienes abordaremos más adelante— han venido definiendo el problema puntualizando ya la complejidad inherente en los procesos de formación de las identidades culturales.

Las identidades nacionales, a diferencia de las identidades culturales, surgen como actos fundacionales a partir de grupos que se asumen a sí mismos como diferentes de otros y que deciden iniciar la aventura de la creación de un Estado Nacional,¹ en cambio, las *identidades culturales* son vivas, se encuentran en permanente transformación, y si bien nutren a los Estados en la generación de nuevos elementos revitalizadores de las identidades nacionales,² son distintas a las primeras en tanto que poseen dinamismo propio y no dependen de proyectos políticos de clases gobernantes específicas.

El fenómeno de la formación de las identidades culturales es dinámico y cambiante; responde a las cuestiones que ahogan y a la vez impulsan en su crecimiento a las diferentes sociedades y a los pueblos; implica situaciones de contexto, circunstancias de influencia recíproca, necesidades de autoafirmación nacional y muchos otros aspectos que no atinaríamos debidamente a enunciar.

En términos generales la historia nos indica que las culturas fuertes someten y eventualmente transforman a las cul-

1. Al respecto resulta interesante, por ejemplo, la obra de Hans Kohn (*Historia del Nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984), en la cual se hace énfasis, en que nacionalismo y nacionalidad se hayan en estrecha relación y que la nacionalidad es la fuente de todo bienestar económico.
2. En el caso de México, a lo largo de nuestra historia ha habido numerosas discusiones en torno al tema de la identidad nacional, particularmente en épocas en las que políticamente se han intentado definir proyectos específicos de nación. Samuel Ramos, Leopoldo Zea, Antonio Caso, José Vasconcelos, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis son sólo algunos de los pensadores que desde distintos ámbitos, han debatido el tema de la identidad del mexicano.

turas débiles; sin embargo, también nos demuestra que culturas aparentemente débiles y desorganizadas han logrado tirar imperios enteros.³ ¿Cuáles son entonces las consecuencias para Canadá y México de tener por vecino a la sociedad más avanzada y poderosa de la tierra?, ¿desde cuándo se percataron ambos países de la influencia ejercida por su vecino común?, ¿qué papel juegan o deben jugar los medios de comunicación en el proceso de la retransmisión de los contenidos simbólicos? Podríamos elaborar incansablemente al respecto, sin embargo, ya ha habido quienes desde hace tiempo han querido iluminarnos con sus reflexiones al respecto; así pues, una mirada, si bien somera, al pensamiento de algunos filósofos mexicanos y canadienses quizá pueda arrojar más luz al fenómeno y, en particular, a la problemática de una identidad cultural amenazada que hacia finales de este siglo todavía hemos tardado en resolver.

La noción de identidad cultural en México y en Canadá.

Una discusión desde la perspectiva de la filosofía

En términos generales tanto México como Canadá adolecen de la misma problemática, la necesidad de promover su *identidad cultural* a través de sus sistemas de comunicación. Ambos reconocen que la expresión cultural nacional debe formar parte de su política cultural, pero ni los mecanismos para llevar ello a cabo, ni una definición clara de lo que constituye expresión cultural propia, han sido definidos adecuadamente.

3. Y como ejemplo baste un botón: Al respecto podemos citar la invasión de los galos, quienes a comienzos del siglo IV lograron derrotar al imperio romano apoderándose de su capital y llevándose consigo un gran botín. Roma se recuperó al poco tiempo y alcanzó periodos de gran esplendor, sin embargo, eventualmente cayó víctima de las presiones cada vez más frecuentes de los pueblos bárbaros que pugnaban por penetrar en las tierras de su imperio con la conquista de Constantinopla por los turcos en 1453.

Es menester recordar, y sin que ello pretenda hacer equivalentes, las características de dos realidades culturales distintas para el análisis, que así como en el corazón de México coexisten raíces indígenas y españolas junto con otra serie de influencias, en la esencia del alma canadiense radican la cultura inglesa y la francesa amén de una serie de culturas provenientes de todas partes del mundo que, por la vía de la migración, han venido a incrementar su realidad multicultural.

Así pues, con el propósito de evocar una reflexión conjunta entre nuestros pensadores mexicanos y los pensadores canadienses, con relación al particular se tomarán aquí algunos conceptos pertinentes para el análisis. Ello nos permitirá acercarnos a las características únicas de dichas culturas y a otras nociones relacionadas tales como la importancia de la expresión cultural autónoma vs. la expresión cultural exógena o impuesta. Ambos componentes (unicidad de la cultura y expresión cultural autónoma) constituyen a nuestro juicio, los elementos fundamentales de la noción de *identidad cultural*.

Comencemos por el principio: El canadiense Paul Audley expresa con relación a su país:

(...) nuestra cultura se expresa no solamente en sus obras de arte o de entretenimiento, sino en todas aquellas formas de expresión que reflejan actitudes, opiniones, valores e ideas así como en aquellos análisis e informaciones que tienen que ver tanto con nuestro presente como con nuestro pasado. La simple conciencia de un pasado colectivo o común es un componente esencial de la identidad cultural, también lo es la conciencia acerca de lo que acontece actualmente.⁴

Así, la cultura y las expresiones culturales se convierten en los componentes esenciales de la identidad, de la misma manera en que la conciencia de un pasado colectivo y de un futuro en común son los mecanismos esenciales para su preservación.

4. Paul Audley, *Canada's Cultural Industries. Broadcasting, Publishing, Records and Film*, James Lorimer and Company, publishers in association with the Canadian Institute for Economic Policy, Toronto, 1983, p. XXI.

México y Canadá comparten experiencias producto de la vecindad con los Estados Unidos, ambos tienen mirando sobre su hombro al gigante del norte quien contempla, y en ocasiones sugiere, caminos para su desarrollo. Si bien los destinos de Canadá y México han sido unidos a través de un tratado comercial reciente⁵ sus acciones los han llevado a tomar en ocasiones rumbos diferentes. No obstante, en ambos casos la conciencia de la vecindad con el otro y a consecuencia de la dependencia permite que emerja una conciencia cultural distinta, una auténtica filosofía de la cultura que emana de la proximidad con el "otro" que es distinto, que busca poner barreras para defender la identidad propia, pero que también husmea curiosamente intentando imitar lo que en el fondo se anhela.

Si bien no está claro el momento exacto en que ambas naciones comienzan a cuestionarse su razón de ser y su identidad distinta, tanto para México como para Canadá la búsqueda de una auténtica identidad nacional ha sido parte integral de su historia y probablemente lo continuará siendo. Para México, su origen formal como nación independiente marca simplemente el hito de una larga trayectoria en la forja de la "mexicanidad"; para Canadá, la búsqueda de autonomía —nunca lograda por completo— y su relación con la corona británica, o bien el reconocimiento —a veces doloroso— de sus raíces francesas, es una problemática que como bien han demostrado los diversos intentos separatistas por parte de la provincia de Quebec, se encuentran todavía sin resolver. Así, estos sentimientos de indefensión respecto al otro y de auténtica lucha por una identidad clara y distinta se relacionan con el nacimiento de una nación como país, pero al mismo tiempo con el proceso a través del cual los Estados nacionales comienzan a buscar el uso óptimo de sus recursos.

Para una nación el recurso cultural puede ser el más necesario en términos ideológicos para concertar sentimientos de unidad y de identificación nacionales. Por otro lado, la necesi-

5. Nos referimos aquí al Tratado de Libre Comercio de América del Norte entre México, Canadá y los Estados Unidos que entró en vigor el 1 de enero de 1994.

dad de aprovechar la tecnología con propósitos nacionales se asocia directamente a la emergencia de procesos de conciencia nacional que permiten que la nación se compare con lo que hacen "los otros". Es por esta razón que en periodos importantes de desarrollo tecnológico se dan procesos complementarios de desarrollo cultural. Así, podrían identificarse, por ejemplo, el periodo fuerte de industrialización de México de los años treinta o cuarenta con la emergencia de un nacionalismo mexicano que se manifiesta en la pintura, en la escultura o en la música; o bien las rearticulaciones políticas de los setenta y los ochenta al interior de la provincia de Quebec en su relación con el resto de la federación canadiense, con una importante presencia cultural francófona en las artes: cine, pintura, música, etcétera. De tal suerte la tecnología y los medios de comunicación juegan un papel importante en la difusión de nuevas ideas y de sentimientos nacionalistas simple y sencillamente porque junto con los contenidos informativos transportan la sabia simbólica que nutre a la nación.

El canadiense Harold Innis ha demostrado con numerosos ejemplos cómo la introducción de una tecnología en particular se encuentra invariablemente vinculada a procesos de desarrollo económico y de surgimiento de élites que se permiten la apropiación del conocimiento con ciertas intenciones políticas y económicas que permiten o no desarrollar bajo ciertos parámetros a la sociedad en cuestión. Los Estados Unidos experimentaron un crecimiento acelerado durante todo el siglo XIX exportando su tecnología hacia distintas latitudes, pero principalmente hacia Canadá y México quienes muy pronto comenzaron a volverse dependientes tecnológicos. Las nuevas tecnologías de información que ambas naciones consideraban vitales para su desarrollo en esos momentos requerían el equipo y el *know-how* norteamericanos, primero el telégrafo, luego el teléfono, posteriormente la radio y la televisión; todos los instrumentos tecnológicos que nuestro país y la nación canadiense adoptaron para su sistema social de comunicaciones provinieron en primera instancia de su vecino norteamericano.

De hecho, dentro de Estados Unidos podemos observar un desarrollo fuerte de tecnologías vinculado directamente con su papel protagónico durante la primera y la segunda guerras mundiales. Después es factible ver cómo el proceso se repite tanto en Canadá como en México en menor escala,⁶ en ambos casos el papel de una iniciativa privada vinculada con el desarrollo económico e industrial del momento es fundamental, y en ambos casos los formatos de introducción de la tecnología se dan copiando modelos de producción y programación estadounidenses. De tal suerte que bajo esta argumentación es factible vincular no sólo la existencia de tecnologías de información y comunicación con procesos de desarrollo sino con la emergencia de fenómenos de conciencia cultural y nacionalismo.

La adopción de tecnologías de comunicación ha sido de suma importancia para Canadá, principalmente, debido a la necesidad que este país experimentó desde un principio para comunicar su vasto territorio. Considerando a la comunicación como un ingrediente fundamental, Canadá preparó el terreno no sólo para importar la nueva tecnología sino incluso para desarrollar la propia.⁷ De hecho, Canadá se encuentra inmerso en una gran paradoja: no obstante los avances que ha logrado en el terreno de las telecomunicaciones todavía es dependiente de los Estados Unidos con relación a los contenidos, como dicen Williams, Salter y Heyer:

No obstante Canadá es punta de lanza en tecnología de telecomunicaciones, continúa siendo víctima de las consecuencias de la tecnología misma. La tecnología de comunicaciones ha facilitado que el medio canadiense sea *permeado* por los conteni-

6. En Canadá las transmisiones regulares de radio comienzan en 1919 cuando la estación XWA de Montreal obtiene licencia para operar. En México se dan varios intentos de operación de la radio, entre ellos el de Adolfo Gómez Fernández quien transmite desde la ciudad de México por primera vez en 1921.
7. A la fecha Canadá es líder en el desarrollo del sector de las telecomunicaciones.

dos norteamericanos. Así, Canadá se encuentra ya varios pasos adentro del camino de la colonización cultural por la vía de las comunicaciones.⁸

La dependencia informativa se da entonces como subproducto de la introducción tecnológica, ya que generalmente los contenidos tienen que adaptarse a los mecanismos tecnológicos y no a la inversa. En el caso de Canadá la adopción se dio de manera natural debido a la cercanía de los habitantes, pobladores en su mayoría del sur del territorio con los centros de producción tecnológica y comunicativa del norte de los Estados Unidos. En el caso de México los procesos de adopción sufrieron asimismo procesos de adaptación en los contenidos debido al lenguaje y a la lejanía, pero no en los formatos. La mezcla cultural desde luego ha dado origen a resultados interesantes que aún ahora los mexicanos exportamos a otras partes del mundo,⁹ no obstante nos obliga a cuestionarnos qué elementos son propios de nuestra identidad cultural.

El filósofo canadiense George Grant ha criticado severamente los alcances de la influencia norteamericana y el precio que su país ha tenido que pagar a consecuencia de una alianza tecnológica inevitable. Decididamente no es sencillo compartir frontera con la nación más desarrollada y poderosa del planeta; compartir la tecnología, por otra parte, significa compartir parte del desarrollo. Por su parte, el mexicano Octavio Paz ha dicho que para nuestro país el problema de la influencia norteamericana no ha sido sino una cuestión de simplemente de cambiar de amo: ayer España, hoy los Estados Unidos; mientras que para Carlos Fuentes la relación de México con los Estados Unidos es mucho más compleja. Fuentes sugiere incluso la posibilidad de que el otro —léase en este caso los Estados Unidos— sea

8. William Melody, Liora Salter & Paul Heyer, *Culture, Communication and Dependency. The Tradition of H. A. Innis*, Ablex Publishing, Corporation, Norwood, New Jersey, 1981, p. 11.
9. Nos referimos específicamente a los contenidos relativos a diversos géneros musicales, televisivos y de otro tipo que son consumidos en la frontera del lado norteamericano y en diversas poblaciones hispanoparlantes de los Estados Unidos y de otras partes del mundo.

finalmente un espejo en cuya imagen desesperadamente buscamos nuestra identidad y en el cual creemos mirarnos cuando en realidad lo que obtenemos es un reflejo y una distorsión propia.

Tanto para México como para Canadá la búsqueda de su identidad cultural es una búsqueda por la autonomía. En cierto sentido, sin embargo, no existe símil entre el caso de Canadá con el de México. Ambos observan a su vecino en una posición de superioridad, empero, Canadá, a diferencia de México o por lo menos en otra medida, comparte ciertas raíces culturales y puede considerarse a sí mismo como socio amigable. No obstante, la incomodidad del canadiense radica en que nunca logrará alcanzar el *status* de influencia de los Estados Unidos. Como indica Grant:

La supremacía del imperio americano [Estados Unidos] en el mundo occidental fue importante para Canadá no solamente en los términos geográficos o económicos que condicionaron su propia existencia sino en un sentido más profundo: (...)La supremacía americana se identifica con la creencia de que las cuestiones del bienestar humano deben ser resueltas a través de la tecnología.¹⁰

La relación con el *imperio*, como lo llama Grant, es una relación de socios pero no de iguales; de hecho como apunta el filósofo canadiense, la herencia que comparte Canadá con los Estados Unidos se ha convertido no en una herencia sino en un préstamo:

Sin embargo, bajo la superficie el movimiento integrador continúa. La razón de ello es nuestra posición [la de Canadá] en el imperio. No estamos en el imperio como las colonias explotadas de Sudamérica, sino con la intimidación de un hermano menor. Tenemos todas las ventajas de dicho imperio, la riqueza que les llega de todo el mundo, la tecnología que viene a nosotros a través de las corporaciones multinacionales. No obstante, debido a nuestra independencia política formal, podemos mantenernos al margen de algo del trabajo sucio necesario para el imperio. (...) Como todos los seres humanos, los canadienses

10. George Grant, *Technology and Empire*, Toronto, House of Anansi, 1969, pp. 71-72.

queremos lo mejor de ambos mundos. Queremos escapar a las desventajas del imperio americano a través del nacionalismo formal (...) La distinción puede ser mínima entre dos naciones que comparten un continente y una lengua, especialmente cuando la menor de las dos le ha dado la bienvenida con los brazos abiertos a los instrumentos de su hermano mayor, las corporaciones.¹¹

Así, condiciones de distinta naturaleza, sociales, económicas, políticas, comerciales y tecnológicas han convertido tanto a México como a Canadá en naciones periféricas con respecto a los Estados Unidos. Para el filósofo canadiense George Grant ello significa la pérdida de la nación canadiense y por ello hay que lamentarse; para el filósofo mexicano Leopoldo Zea nuestro país ha de padecer un permanente calvario de marginación. De hecho, Zea plantea que los mexicanos buscamos la culpa de nuestros fracasos en nuestra historia, en nuestra raza, en nuestra sangre, en el pasado o simplemente en aquellas condiciones adversas que según nosotros fatalmente se presentan en nuestro camino impidiéndonos ser lo que realmente queremos.¹²

Tanto Zea como Grant explican la dependencia de sus países con relación a los Estados Unidos en términos de esta marginación, entendida como existencia periférica en términos económicos; así la dependencia cultural no es sino el subproducto de la primera.

Michael A. Weinstein al respecto apunta:

Dos grandes naciones, Canadá y México, hacen frontera con los Estados Unidos, considerada el imperio más importante en el mundo contemporáneo, y desde luego la concentración de poder organizada más grande de la historia. La supremacía militar de los Estados Unidos sobre las naciones con las cuales es vecino es el hecho geopolítico primario que determina el carácter de las

11. George Grant, *Lament for a Nation. The Defeat of Canadian Nationalism*, McClelland and Stewart Ltd., Toronto, 1965, p. IX.
12. Al respecto ver el comentario que hace Solomon Lipp, en *Leopoldo Zea. From Mexicanidad to a Philosophy of History*, Wilfrid Laurier University Press, Waterloo, Ontario, 1980, pp. 47-48.

marginaciones canadiense y mexicana (...) Adicionalmente a esta superioridad coerciva, los Estados Unidos ejercen una dominación económica determinante a través del comercio y la inversión de sus corporaciones y por medio de una hegemonía cultural asegurada por la influencia de sus sistemas de medios de comunicación.¹³

La relación de Estados Unidos con México es diferente, y de hecho ha cambiado a partir de la formalización de nuestro contrato comercial a partir del Tratado de Libre Comercio de América del Norte. La nuestra puede ser calificada de una relación amor-odio: hemos tenido épocas en que nos hemos lamentado de nuestra vinculación con los Estados Unidos y otras en que hemos agradecido su presencia. Dice Carlos Fuentes: "Vivimos un fracaso nacional lado a lado con el máximo *success story* de la modernidad: el imperio norteamericano democrático, poderoso, rico y libre".¹⁴

Octavio Paz establece por ejemplo que históricamente México ha sido dependiente de los Estados Unidos y en ocasiones incluso ha disfrutado dicha dependencia. Que las heridas causadas por la relación nos ha permitido tener alguien a quien amar pero al mismo tiempo odiar porque ellos tienen de lo que nosotros carecemos.¹⁵ De hecho el surgimiento de nuestros sentimientos nacionalistas emerge de esa frustración, del estreñimiento que se da al interior de cada mexicano que lucha entre las formas y fórmulas que le son impuestas y las explosiones de su propia interioridad.

El desarrollo del nacionalismo en México se encuentra íntimamente relacionado con los momentos en que nuestro país

13. Michael A. Weinstein, "Lament and Utopia: Responses to American Empire in George Grant and Leopoldo Zea", en *Canadian Journal of Political and Social Theory*, vol. v, núm. 3, Fall, 1981, p. 44.
14. Carlos Fuentes por ejemplo ha trabajado muy ampliamente este punto analizando la problemática de la cercanía de México con los Estados Unidos. En Carlos Fuentes, *Nuevo Tiempo Mexicano*, México, Editorial Aguilar/Nuevo Siglo, 1994, pp. 86-87.
15. Octavio Paz, *El Laberinto de la Soledad*, Fondo de Cultura Económica, 1969, pp. 23-24.

ha tenido que optar por modelos de desarrollo o bien ha sido obligado a generar propios. En cuanto a Canadá, como bien sabemos, existen movimientos nacionalistas, y aún separatistas, largamente incubados en la interioridad canadiense que dificultan la emergencia de una auténtica identidad nacional comunitaria.¹⁶ Las presencias británica y francesa legaron tradiciones culturales opuesta y consecuentemente los canadienses se encuentran divididos, aunque ante el resto del mundo Canadá siga siendo percibido como una entidad política autónoma. Para los propios ciudadanos de Canadá su nacionalidad es un enigma. Como indica el canadiense Herschel Hardin: "Canadá existe, pero es invisible. Debe de haber algo mal en la forma como nos vemos a nosotros mismos".¹⁷

El proceso de búsqueda de una identidad cultural es complejo: Implica la creación de mitos y símbolos que nos permitan adquirir un cierto sentido de pertenencia a la nación pero también de una revisión permanente de dichos mitos y símbolos, es decir, requiere de una reflexión profunda acerca de nuestro sentido de la historia y la realidad.

Así, la crisis de identidad tanto para mexicanos como para canadienses reside en la necesidad por la expresión autónoma de la individualidad. Es un lamento que nos unifica universalmente en el aspecto de la búsqueda del sentido de la existencia como nación y de nuestra comunidad de vecinos, pero al mismo tiempo es un proceso que nos separa porque nos reconoce como diferentes.

Para nosotros los mexicanos son bien conocidos los esfuerzos de Octavio Paz, Leopoldo Zea, Alfonso Caso, Carlos

16. Como bien lo ha demostrado Ernest Gellner, el nacionalismo hizo a las *naciones* y no al revés.(...) Es la cultura lo que precede a la nación, y la nación como proyecto estatal es producto de la modernidad. De hecho, como apuntan Isaiah Berlin, Ernest Gellner y Eric Hosbawn, todos ellos teóricos del tema, los términos nación y nacionalismo son términos de la modernidad, no existentes antes de la emergencia de los Estados nacionales. Citado en Carlos Fuentes, *Nuevo Tiempo Mexicano*, op. cit., pp. 81-82.

17. Herschel Hardin, *A nation unaware. The Canadian Economic Culture*, J. J. Douglas Ltd., Vancouver, 1974, p. 8.

Fuentes, Samuel Ramos, Roger Bartra y otros por desentrañar la identidad del mexicano. Ramos, por ejemplo, parte desde una perspectiva psicológica para apuntar que el mexicano se esconde para expresarse, mientras que las ideas de O'Gorman y Zea se refieren al contexto de México frente a la presencia de otros. O'Gorman, por ejemplo, habla de México y de lo mexicano en función de la invención de América y de lo que en realidad no es o no existe; Zea, por su parte, analiza la relación desbalanceada que existe entre las naciones dependientes y los centros imperiales de poder, de manera que para él el problema no es sólo cómo obtener una identidad cultural propia, sino cómo preservarla.

Hemos transitado por caminos oscuros en la lucha por forjamos una identidad nacional propia; el Estado mexicano ha hecho numerosos intentos por generar mitos nacionales que nos permitan lograr una identificación plena con nuestro presente y con nuestro futuro. Mucho hemos batallado simplemente para llegar al punto en que hemos de reconocer que no tenemos una identidad cultural clara sino que la propia sociedad mexicana es una sociedad pluricultural, y en ese sentido, tenemos quizá los mismos problemas de Canadá, que si bien pudiese tener cierta claridad en sus orígenes, ha sido objeto de profundas transformaciones en la conformación cultural de su población actual.

Así pues, la crisis de las identidades nacionales es ya un problema generalizado, especialmente en un entorno en que frente a la reestructuración geopolítica, los polos y los centros de poder se mueven de sus ejes originales; de manera que cuestionarse acerca de la identidad cultural de un pueblo implica una toma de conciencia profunda con relación al lugar que se ocupa en el concierto de las naciones.

Hasta hace poco tiempo a los nacionalismos se oponían las doctrinas del continentalismo y el internacionalismo, ahora se habla de globalización. El continentalismo proponía la supresión de la autonomía individual en función del progreso de toda la América; el internacionalismo era una justificación de las alianzas internacionales cuya finalidad última siempre era el

beneficio material de Occidente. El discurso de la globalización por su parte emana de necesidades económicas de interdependencia comercial, ofreciendo a las naciones involucradas un espacio en el mundo a costa de una racionalidad que justifica un nacionalismo poco desarrollado.

A Canadá el continentalismo lo alió definitivamente a los intereses de la economía norteamericana en la forma de sociedad comercial. Para México el internacionalismo y luego la globalización representaron —en opinión de algunos— la única posibilidad de entrar a la tan ansiada modernidad que nunca llega. La redefinición de su postura ante el mundo implica, antes que nada, una reflexión precisa ante la transformación dinámica de su identidad cultural.

Ahora bien, ante la internacionalización y la globalización surgen los separatismos nacionales, la necesidad de descubrirse como esencialmente distinto del otro; no obstante en este fin de siglo surgen procesos de recomposición a nivel internacional que implican al mismo tiempo interdependencia, nuevas alianzas, constitución de bloques y consecuentemente el establecimiento de nuevas identidades comunitarias ante las cuales la identidad nacional se diluye. Los nacionalismos se conforman a veces en formas dramáticas a partir de las influencias tecnológicas y culturales que emergen de los conflictos de su propio desarrollo; es, por tanto, indispensable que cada nación pugne por su propia diferenciación cultural.

Los medios de comunicación y la polémica de la identidad cultural

Hoy más que nunca México y Canadá se han percatado de la importancia de orientar la comunicación social hacia la defensa de sus respectivas culturas nacionales. Canadá, más que México, ha tomado medidas específicas que garantizan o por lo menos sitúan el asunto bajo una perspectiva continua de evaluación; México, muy probablemente a consecuencia de su apertura comercial al mundo, comienza a percatarse de la im-

portancia de desarrollar mecanismos que promuevan la difusión de su cultura.

Para Canadá la cuestión se ha convertido en una problemática de defensa incluso de su soberanía cultural. Por su cercanía con los Estados Unidos e incluso por su propia historia en el desarrollo de los medios a principios de siglo, la estructura tanto de las industrias audiovisuales como la de las industrias editoriales canadienses se encuentra ampliamente supeditada a la presencia de contenidos norteamericanos. La estructura actual de medios pese a estar dividida en un sector público y otro privado se encuentra permanentemente trabajando para garantizar la difusión de contenidos canadienses pues así lo establecen tanto la legislación federal como las legislaciones provinciales.

En opinión de algunos autores canadienses, la disputa entre la defensa de la identidad cultural aglófona y la identidad cultural francófona producto de las influencias culturales británica y norteamericana es de suyo una problemática a ser discutida. La provincia francesa de Quebec en Canadá se ocupa frecuentemente de desarrollar programas de promoción y difusión de la cultura *quebécois*. Por otro lado, la política nacional en la materia toma en consideración de manera importante la colaboración del sector de las comunicaciones con el fin de *proteger la identidad cultural y nacional canadienses*.¹⁸

El punto central para el desacuerdo interno entre las provincias canadienses es qué es lo que constituye la identidad cultural (personalidad única canadiense desde el punto de vista de la posición federalista y soberanía cultural *quebécois* distinta desde el punto de vista provincial de la única provincia de habla no inglesa: Quebec).

Ambas partes el gobierno federal y los gobiernos provinciales coinciden en la importancia del sistema de comunicaciones para el desarrollo nacional, en la necesidad de defender la libre circulación de las ideas, el dominio público del espectro

18. Alain Laramée, *La communication mass-médiatique au Canada et au Québec. Un cadre socio-politique*, Presses de l'Université du Québec, Télé-université, Québec, 1989, p. 305.

audiovisual, la promoción de objetivos nacionales y de identidad cultural, la necesidad de un sistema mixto (público y privado) y el acceso irrestricto del público a la información. Sin embargo, en las preocupaciones culturales son distintas en la medida en que Canadá no ha logrado resolver la problemática de una identidad dividida entre sus raíces inglesas, sus raíces francesas y su presente canadiense ligado a intereses norteamericanos. Así el problema que surge es el de la coordinación de la eficacia del sistema nacional de comunicaciones en favor de satisfacer las necesidades culturales de ambos grupos. Por otra parte, está el problema de una industria de comunicaciones ampliamente acostumbrada a repetir los formatos, los patrones y en ocasiones, incluso, los contenidos de las grandes firmas o cadenas norteamericanas. Así, la cuestión de cómo asegurar la supervivencia de la identidad cultural canadiense rebasa a un país que paradójicamente es líder mundial en sistemas de comunicación.

Por el otro lado está México: un país que inicia su industria cultural y su estructura de medios en el periodo de la post-revolución copiando esquemas norteamericanos, con tecnología norteamericana y que se encuentra grandemente influido durante décadas por los contenidos de los grandes productores norteamericanos. México está situado actualmente en un momento en el que el sector privado se encuentra obteniendo espacios importantes de participación en las industrias comunicativas, especialmente audiovisuales, y en donde la contribución del Estado, a través de distintos organismos de naturaleza pública, se encuentra sustancialmente deprimida y constreñida por problemas presupuestales.

La estructura actual de medios en México se está transformando y poco sabemos del destino final que tendrá dicha transformación. Lo que sí sabemos es el rumbo que lleva: el de una creciente segmentación de mercados, participación creciente de la iniciativa privada, internacionalización de los contenidos y restricción de la producción nacional. Todo ello con el propósito de ser competitivos en términos mercadológicos con productos que han logrado introducirse a nuestro país a

consecuencia de la apertura de mercados y especialmente de la entrada de México al Tratado de Libre Comercio de América del Norte, en el cual por cierto se le da un importante impulso a las telecomunicaciones pero poco se protegen los contenidos nacionales.

Por lo que respecta a nuestro país, el debate acerca de qué es lo que constituye nuestra identidad cultural y sobre qué es lo que sucederá a nuestra identidad cultural por contacto con otras, tampoco está concluido. Quienes hablan de la necesidad de preservar una identidad para nuestro país confunden términos en la medida en que observan el peligro de que la fusión económica con relación al Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá implique una fusión no sólo económica sino también política y cultural. Quienes defienden la integración generalmente lo hacen sobre la base de aclarar que toda cultura necesita revitalizarse por contacto con otras, y que aquella cultura que no permite la inclusión de elementos nuevos, aún pertenecientes a otras culturas, perece.¹⁹

En todo caso, si bien tanto Canadá como México padecen cuestiones irresueltas en torno a su relación con los Estados Unidos y muy concretamente a la defensa de una identidad cultural propia, nuestro país, a diferencia de Canadá, se acercó a la integración con Estados Unidos y Canadá sin tener muy claros los riesgos que corría y sin una política cultural nacional que hiciese frente a la apertura simbólica y comercial.

Al principio de la negociación trilateral para el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC), Canadá claramente apuntó que se oponía a incluir a sus industrias culturales en las negociaciones del TLC, ya que dicha área era considerada *una parte vital para la conservación de su identidad cultural*. Los norteamericanos reaccionaron amenazando a Canadá con

19. Para un análisis más detallado de la pérdida de la identidad cultural a consecuencia de la entrada de México al TLC ver María de la Luz Casas Pérez, "Modernidad, identidad cultural y medios de comunicación", en José Carlos Lozano (editor), *Anuario de Investigación de la Comunicación I*, CONEICC, México, 1994, pp. 29-30.

su exclusión del tratado,²⁰ mientras que por su parte México ni siquiera se planteó ello como problema. Ahora, tiempo más tarde, nuestro país se enfrenta a la problemática de tener que definir una política cultural que acerque a nuestro país a la puerta del siglo XXI, con una economía saturada por contenidos no propios y con pocos recursos financieros y estructurales para garantizar una producción simbólica nacional importante que haga frente a los embates de la apertura y la internacionalización.

Recientemente nuestro país se dio a la tarea de definir la política cultural para el fin del milenio en la cual finalmente reconoce la necesidad de fortalecer a la cultura *como base de la identidad y la soberanía nacionales*,²¹ sin embargo, pocas medidas se establecen para asegurar que la propia sociedad pluricultural mexicana encuentre mecanismos de expresión cultural que hagan frente a la oferta actual de recursos simbólicos provenientes de otras latitudes.

¿Qué hacer frente a una situación de estructura de medios en transición? ¿Cómo sugerir además contenidos que respondan a una auténtica cultura nacional mexicana cuando el problema de nuestra identidad se encuentra irresuelto? De una cosa sí podemos estar seguros, no podemos mirar al futuro cuando aún nuestro presente es incierto y cuando sobre todo no hemos logrado conocer cabalmente y aceptar que tenemos un pasado.

A manera de conclusión

Si bien México y Canadá son poseedores de dos culturas y tradiciones distintas, por "*designio Divino*" ambos países han tenido que compartir sus fronteras con la nación más poderosa del planeta. Su desarrollo político y económico ha estado ligado a la economía norteamericana desde los orígenes de su existencia como naciones independientes, de tal suerte que en

20. *Ibid.*, pp. 36-37.

21. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, *Programa de Cultura 1995-2000*, Gobierno de la República, México, 1996.

distintos periodos de su historia han tenido que definirse por contraste con su vecino o en este caso por distinción con respecto de lo que es *el otro*.

Estados Unidos, por su parte, se ha encargado de hacer sentir su influencia sobre sus vecinos desde un principio; para el efecto ha utilizado todo tipo de recursos y sobre todo ha garantizado una cierta presencia cultural a través de la exportación de su tecnología de medios, de sus formatos de programación y de sus contenidos.

Lo anterior es especialmente importante en estos momentos en los que las tres naciones se encuentran unidas por un tratado comercial que les obliga al intercambio no sólo de bienes y servicios sino también de contenidos simbólicos. Las naciones mexicana y canadiense comparten una problemática común: la de su eterna lucha por la definición de una auténtica identidad cultural autónoma y distinta que le permita hacer frente a la avalancha de productos intercambiados en economías de bloque y de libre mercado.

México y Canadá pudiesen aprender el uno del otro y de la experiencia de su relación con los Estados Unidos. Si bien cada una de estas sociedades emana de raíces y tradiciones totalmente distintas, ha de construir para sí una política cultural que la defina y la ampare.

Las naciones del planeta se encuentran en este momento en el umbral de una nueva era, en la cual las distancias geográficas, las condiciones políticas y los mercados económicos han borrado sus límites, ello predice de suyo que el mundo sufrirá transformaciones excepcionales; sin embargo, no debemos olvidar que quizá el único resquicio que nos queda para no diluimos como individuos distintos e irrepetibles ligados por una tradición común es la presencia de una identidad cultural única, irrepetible y distinta, pero al mismo tiempo viva y cambiante.

BIBLIOGRAFÍA

- AUDLEY, Paul (1983) *Canada's Cultural Industries. Broadcasting, Publishing, Records and Film*. Toronto: James Lorimer and Company, publishers in association with the Canadian Institute for Economic Policy.
- CASAS PÉREZ, María de la Luz (1994) "Modernidad, identidad cultural y medios de comunicación" en José Carlos Lozano (editor) *Anuario de Investigación de la Comunicación I*. México: CONEICC.
- CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES (1996) *Programa de Cultura 1995-2000*.
- FUENTES, Carlos (1994) *Nuevo Tiempo Mexicano*. México: Editorial Aguilar/Nuevo Siglo.
- GRANT, George (1965) *Lament for a Nation. The Defeat of Canadian Nationalism*. Toronto: McClelland and Stewart Ltd.
- (1969) *Technology and Empire*. Toronto: House of Anansi.
- HARDIN, Herschel (1974) *A nation unaware. The Canadian Economic Culture*. Vancouver: J. J. Douglas Ltd.
- KOHN, Hans (1984) *Historia del Nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LARAMÉE, Alain (1989) *La communication mass-médiatique au Canada et au Québec. Un cadre socio-politique*. Québec: Presses de l'Université du Québec. Télé-université.
- LIPP, Solomon (1980) *Leopoldo Zea. From Mexicanidad to a Philosophy of History*. Waterloo, Ontario: Wilfrid Laurier University Press.
- MELODY, William, Liora SALTER & Paul HEYER (1981) *Culture, Communication and Dependency. The Tradition of H. A. Innis*. Norwood, New Jersey: Ablex Publishing Corporation.

PAZ, Octavio (1969) *El Laberinto de la Soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.

WEINSTEIN, Michael A. (1981) "Lament and Utopia: Responses to American Empire in George Grant and Leopoldo Zea" en *Canadian Journal of Political and Social Theory*.